La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

			2				
		2	N				
					2		J
M					K		
						L	

SOLUCION

J=Alfil; K=Rey; L=Caballo; M=Dama; N=Torre.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
8	3	2	4	1	0
7	2	6	0	1	0
1	3	9	0	0	1
9	8	6	1	0	1
1	9	8	6	1	0

SOLUCION 7954

Verano/12

(Por Federico Abascal) Llevaba una temporada hastiado de su propio oficio. Toda una vida dedicada a la mendicidad, alargando la mano suplicante con precisión de orfebre, dibujando en sus ojos una lástima de pura artesanía, para ver al fin cómo el oficio se envilecía por la irrupción en él de organizaciones con estrategia de *marketing* y con un desdén inaudito por la pobreza. Los mendigos antes vivían de ser pobres, y ello convertía a la pobreza en un verdadero oficio, gremial incluso, pero siempre generoso y solidario. El buen mendigo solía rechazar cualquier invitación a salir de pobre por miedo a caer en la miseria, como el leproso más desasistido rechazaba en tiempos toda oferta de milagro que pudiera curarlo para no quedar reducido a menesteroso sano sin recursos.

Nuestro mendigo desilusionado se negaba a compartir las esquinas con los miserables asalariados de las grandes organizaciones, que reclutaban la mano de obra más incapacitada y barata, como la ofrecida por los menesterosos trashumantes portugueses. La mendicidad en cadena aumentaba notablemente los beneficios, y la pobreza dejaba de ser un medio de vida para convertirse en una simple circunstancia, en un trampolín para el salto súbito a una prosperidad tangible. Nuestro mendigo decidió abandonar la seguridad inconfortable de su pobreza, analizó el desplome de una ética en su entorno y estudió la nueva situación a la luz de los ejemplos que ofrecían los nuevos pícaros. Logró introducirse pronto en el mercado de influencias, rociándose de *aftershave* tras haber inspirado una lástima postrera y sorprendido una confidencia sobre un terreno a punto de ser sigilosamente recalificado. Y se hizo rico. En el primer mendigo que le tendió una mano implorante midió la realidad de su propio cambio y a la mirada de súplica, una súplica de estereotipia, respondió con un gesto de absoluto desprecio. El, pobre o rico, era un artista.



TANGO

Luisa Valenzuela, ya preser
con un adelanto de su lil
argentinos" (editorial Suda
dos cuento

Por Luisa Valenzuela

Me dijeron:

en este salón te tenés que sentar cerca del mostrador, a la izquierda, no lejos de la caja registradora; tomá un vinito, no pidás algo más fuerte porque no se estila en las mujeres, no tomés cerveza porque la cerveza da ganas de hacer pis y el pis no es cosa de damas, se sabe del muchacho de este barrio que abandonó a su novia al verla salir del baño. Yo creí que ella era puro espíritu, un hada, parece que alegó el muchacho. La novia quedó para vestir santos, frase que en este barrio todavía tiene connotaciones de soledad y soltería, algo muy mal visto. En la mujer, se entiende. Me dijeron.

Yo ando sola y el resto de la semana no me importa, pero los sábados me gusta estar acompañada y que me aprieten fuerte. Por eso bailo el tango.

Aprendí con gran dedicación y esfuerzo, con zapatos de taco alto y pollera ajustada, de tajo. Ahora hasta ando con los clásicos elásticos en la cartera, el equivalente a llevar siempre conmigo la raqueta si fuera tenista, pero menos molesto. Llevo los elásticos en la cartera, y a veces en la cola de un banco o frente a la ventanilla, cuando me hacen esperar por algún trámite, los acaricio al descuido, sin pensarlo, y quizá, no sé, me consuelo con la idea de que en ese mismo momento podría estar bailando el tango en vez de esperar que un empleaducho desconsiderado se digne atenderme.

Sé que en algún lugar de la ciudad, cualquiera sea la hora, habrá un salón donde se esté bailando en la penumbra. Allí no puede saberse si es de noche o de día, a nadie le importa si es de noche o de día, y los elásticos sirven para sostener alrededor del empeine los zapatos de calle, estirados como están de tanto trajinar en busca de trabajo.

El sábado por la noche una busca cualquier cosa menos trabajo. Y sentada a una mesa cerca del mostrador, como me recomendaron, espero. En este salón el sitio clave es el mostrador, me insistieron, así pueden ficharte los hombres que pasan hacia el baño. Ellos sí pueden permitirse el lujo. Empujan la puerta vaivén con toda la carga a cuestas, una ráfaga amoniacal nos golpea, y vuelven a salir aligerados dispuestos a retomar la danza.

Ahora sé cuándo me toca a mí acompañar a uno de ellos. Y cuál. Detecto ese muy leve movimiento de cabeza que me indica que soy la elegida, reconozco la invitación y cuando quiero aceptarla sonrío muy quietamente. Es decir que acepto y no me muevo; él vendrá hacia mí, me tenderá la mano, nos pararemos enfrentados al borde de la pista y dejaremos que se tense el hilo, que el bandoneón crezca hasta que ya estemos a punto de estallar y entonces, en algún insospechado acorde, él me pondrá el brazo alrededor de la cintura y zarparemos.

Con las velas infladas bogamos a pleno viento si es milonga, al tango lo escoramos. Y los pies no se nos enredan porque él es sabio en señalarme las maniobras tecleteando mi espalda. Hay algún corte nuevo, figuras que desconozco e improviso y a veces hasta salgo airosa. Dejo volar un pie, me escoro a estribor, no separo las piernas más de lo estrictamente necesario, él pone los pies con elegancia y yo lo sigo. A veces me detengo, cuando con el dedo él me hace una leve presión en la columna. Pongo la mujer en punto muerto, me decía el maestro y una debía quedar congelada en medio del paso para que él pudiera hacer sus firuletes.

Lo aprendí de veras, lo mamé a fondo como quien dice. Todo un ponerse, por parte de los hombres, que alude a otra cosa. Eso es el tango. Y es tan bello que se acaba aceptando.

Me llamo Sandra pero en estos lugares me gusta que me digan Sonia, como para perdurar más allá de la vigilancia. Pocos son, sin embargo, los que acá preguntan o dan nombres, pocos hablan. Algunos, eso sí, se sonríen para sus adentros, escuchando esa música interior a la que están bailando y que no siempre está hecha de nostalgia. Nosotras también reímos, sonreímos. Yo río cuando me sacan a bailar seguido (y permanecemos callados y a veces sonrientes en medio de la pista esperando la próxima entrega), río porque esta música de tango rezuma del piso y se nos cuela por la planta de los pies y nos vibra y nos arrastra.

Lo amo. Al tango. Y por ende a quien, transmitiéndome con los dedos las claves del movimiento, me baila.

No me importa caminar las treintipico de cuadras de vuelta hasta mi casa. Algunos sábados hasta me gasto en la milonga la plata del colectivo y no me importa. Algunos sábados un sonido de trompetas digamos celestiales traspasa los bandoneones y yo me elevo. Vuelo. Algunos sábados estoy en mis zapatos sin necesidad de elásticos, por puro derecho propio. Vale la pena. El resto de la semana transcurre banalmente y escucho los idiotas piropos callejeros, esas frases directas tan mezquinas si se las compara con la lateralidad del tango.

Entonces yo, en el aquí y ahora, casi pegada al mostrador para dominar la escena, me fijo un poco detenidamente en algún galán maduro y le sonrío. Son los que mejor bailan. A ver cuál se decide. El cabeceo me llega de aquel que está a la izquierda, un poco escondido detrás de la columna. Un tan delicado cabeceo que es como si estuviera apenas, levemente, poniéndole la oreja al hombro, escuchándolo. Me gusta. Me gusta. Le sonrío con franqueza y sólo entonces él se pone de pie y se acerca. No se puede pedir un exceso de arrojo. Ninguno aquí presente arriesgaría el rechazo cara a cara, ninguno está dispuesto a volver a su asiento despechado, bajo la mirada burlona de los otros. Este sabe que me tiene y se me va arrimando, al tranco, y ya no me gusta tanto de cerca, con sus años y con esa displicencia.

La ética de la milonga no me permite hacerme la desentendida. Me pongo de pie, él me conduce a un ángulo de la pista un poco retirado y ahí ¡me habla! Y no como aquél, tiempo atrás, que sólo habló para disculparse de no dirigirme la palabra, porque yo acá vengo a bailar y no a dar charla, me dijo, y fue la última vez que abrió la boca. No. Este me hace un comentario general, es emocionante. Me dice vio doña, cómo está la crisis, y yo digo que sí, que vi, la pucha que vi aunque no lo digo con estas palabras, me hago la fina, la Sonia, sí señor, qué espanto, pero él no me deja elaborar la idea porque ya me está agarrando fuerte para salir a bailar al siguiente compás. Este no me va a dejar ahogar, me consuelo, entregada, enmudecida.

Resulta un tango de la pura concentración, del entendimiento cósmico. Puedo hacer los ganchos como le vi hacer a la del vestido de crochet, la gordita que disfruta tanto, la que revolea tan bien sus bien torneadas pantorrillas que una olvida todo el resto de su opulenta anatomía. Bailo pensando en la gorda, en su vestido de crochet verde —color esperanza, dicen—, en su satisfacción al bailar, réplica o quizá reflejo de la satisfacción que habrá sentido al tejer; un vestido vasto para su vasto cuerpo y la felicidad de soñar con el momento en que lo luciría, bailando. Yo no tejo, ni siquiera bailo tan bien como ella, aunque en este momento sí porque se dio el milagro.

Y cuando la pieza acaba y él me vuelve a comentar cómo está la crisis, yo lo escucho con unción, no contesto, le dejo espacio para seguir diciendo.

—¿Y vio el precio al que se fue el telo? Yo soy viudo y vivo con mis dos hijos. Antes podía pagarle a una dama el restaurante, y llevarla después al telo. Ahora sólo puedo preguntarle a la dama si tiene departamento, y en zona céntrica. Porque a mí para un pollito y una botella de vino me alcanza.

Me acuerdo de esos pies que volaron —los míos—, de esas filigranas. Pienso en la gorda tan feliz con su hombre feliz, hasta se me despierta una sincera vocación por el tejido.

—Departamento no tengo —le aclaro—, pero tengo pieza en una pensión muy bien ubicada y limpia. Y tengo platos, cubiertos, y dos copas verdes de cristal, de esas bien altas.

—¿Verdes? Son para vino blanco.

—Blanco, sí.

—Lo siento, pero yo al vino blanco no se lo toco.

Y sin hacer ni una vuelta más, nos separamos.

(Para Amalia Schever)



Luisa Valenzuela, ya presentada en este suplemento con un adelanto de su libro "Novela negra con argentinos" (editorial Sudamericana), presenta ahora dos cuentos inéditos.

TANGO

Por Luisa Valenzuela

Me dijeron: en este salón te tenés que sentar cerca del mostrador, a la izquierda, no lejos de la caja registradora; tomá un vinito, no pidás algo más fuerte porque no se estila en las mujeres, no tomés cerveza porque la cerveza da ganas de hacer pis y el pis no es cosa de damas, se sabe del muchacho de este barrio que abandonó a su novia al verla salir del baño. Yo creí que ella era puro espíritu, un hada, parece que alegó el muchacho. La novia quedó para vestir santos, frase que en este barrio todavía tiene connotaciones de soledad y soltería, algo muy mal visto. En la mujer, se entiende. Me dijeron.

Yo ando sola y el resto de la semana no me importa, pero los sábados me gusta estar acompañada y que me aprieten fuerte. Por eso bailo el tango.

Aprendí con gran dedicación y esfuerzo, con zapatos de taco alto y pollera ajustada, de tajo. Ahora hasta ando con los clásicos elásticos en la cartera, el equivalente a llevar siempre conmigo la raqueta si fuera tenista, pero menos molesto. Llevo los elásticos en la cartera, y a veces en la cola de un banco o frente a la ventanilla, cuando me hacen esperar por algún trámite, los acaricio al descuido, sin pensarlo, y quizá, no sé, me consuelo con la idea de que en ese mismo momento podría estar bailando el tango en vez de esperar que un empleaducho desconsiderado se digne atenderme.

Sé que en algún lugar de la ciudad, cualquiera sea la hora, habrá un salón donde se esté bailando en la penumbra. Allí no puede saberse si es de noche o de día, a nadie le importa si es de noche o de día, y los elásticos sirven para sostener alrededor del empeine los zapatos de calle, estirados como están de tanto trajinar en busca de trabajo.

El sábado por la noche una busca cualquier cosa menos trabajo. Y sentada a una mesa cerca del mostrador, como me recomendaron, espero. En este salón el sitio clave es el mostrador, me insistieron, así pueden ficharte los hombres que pasan hacia el baño. Ellos sí pueden permitirse el lujo. Empujan la puerta vaivén con toda la carga a cuestas, una ráfaga amoniacal nos golpea, y vuelven a salir aligerados dispuestos a retomar la danza.

Ahora sé cuándo me toca a mí acompañar a uno de ellos. Y cuál. Detecto ese muy leve movimiento de cabeza que me indica que soy la elegida, reconozco la invitación y cuando quiero aceptarla sonrío muy quietamente. Es decir que acepto y no me muevo; él vendrá hacia mí, me tenderá la mano, nos pararemos enfrentados al borde de la pista y dejaremos que se tense el hilo, que el bandoneón crezca hasta que ya estemos a punto de estallar y entonces, en algún insospechado acorde, él me pondrá el brazo alrededor de la cintura y zarparemos.

Con las velas infladas bogamos a pleno viento si es milonga, al tango lo escoramos. Y los pies no se nos enredan porque él es sabio en señalarme las maniobras tecleteando mi espalda. Hay algún corte nuevo, figuras que desconozco e improviso y a veces hasta salgo airosa. Dejo volar un pie, me escoro a estribor, no separo las piernas más de lo estrictamente necesario, él pone los pies con elegancia y yo lo sigo. A veces me detengo, cuando con el dedo él me hace una leve presión en la columna. Pongo la mujer en punto muerto, me decía el maestro y una debía quedar congelada en medio del paso para que él pudiera hacer sus firuletes.

Lo aprendí de veras, lo mamé a fondo como quien dice. Todo un ponerse, por parte de los hombres, que alude a otra cosa. Eso es el tango. Y es tan bello que se acaba aceptando.

Me llamo Sandra pero en estos lugares me gusta que me digan Sonia, como para perdurar más allá de la vigilancia. Pocos son, sin embargo, los que acá preguntan o dan nombres, pocos hablan. Algunos, eso sí, se sonríen para sus adentros, escuchando esa música interior a la que están bailando y que no siempre está hecha de nostalgia. Nosotras también reímos, sonreímos. Yo río cuando me sacan a bailar seguido (y permanecemos callados y a veces sonrientes en medio de la pista esperando la próxima entrega), río porque esta música de tango rezuma del piso y se nos cuela por la planta de los pies y nos vibra y nos arrastra.

Lo amo. Al tango. Y por ende a quien, transmitiéndome con los dedos las claves del movimiento, me baila.

No me importa caminar las treintipico de cuadras de vuelta hasta mi casa. Algunos sábados hasta me gasto en la milonga la plata del colectivo y no me importa. Algunos sábados un sonido de trompetas digamos celestiales traspasa los bandoneones y yo me elevo. Vuelo. Algunos sábados estoy en mis zapatos sin necesidad de elásticos, por puro derecho propio. Vale la pena. El resto de la semana transcurre banalmente y escucho los idiotas piropos callejeros, esas frases directas tan mezquinas si se las compara con la lateralidad del tango.

Entonces yo, en el aquí y ahora, casi pegada al mostrador para dominar la escena, me fijo un poco detenidamente en algún galán maduro y le sonrío. Son los que mejor bailan. A ver cuál se decide. El cabeceo me llega de aquel que está a la izquierda, un poco escondido detrás de la columna. Un tan delicado cabeceo que es como si estuviera apenas, levemente, poniéndole la oreja al hombro, escuchándolo. Me gusta. Me gusta. Le sonrío con franqueza y sólo entonces él se pone de pie y se acerca. No se puede pedir un exceso de arrojo. Ninguno aquí presente arriesgaría el rechazo cara a cara, ninguno está dispuesto a volver a su asiento despechado, bajo la mirada burlona de los otros. Este sabe que me tiene y se me va arrimando, al tranco, y ya no me gusta tanto de cerca, con sus años y con esa displicencia.

La ética de la milonga no me permite hacerme la desentendida. Me pongo de pie, él me conduce a un ángulo de la pista un poco retirado y ahí ¡me habla! Y no como aquél, tiempo atrás, que sólo habló para disculparse de no dirigirme la palabra, porque yo acá vengo a bailar y no a dar charla, me dijo, y fue la última vez que abrió la boca. No. Este me hace un comentario general, es emocionante. Me dice vio doña, cómo está la crisis, y yo digo que sí, que vi, la pucha que vi aunque no lo digo con estas palabras, me hago la fina, la Sonia, sí señor, qué espanto, pero él no me deja elaborar la idea porque ya me está agarrando fuerte para salir a bailar al siguiente compás. Este no me va a dejar ahogar, me consuelo, entregada, enmudecida.

Resulta un tango de la pura concentración, del entendimiento cósmico. Puedo hacer los ganchos como le vi hacer a la del vestido de crochet, la gordita que disfruta tanto, la que revolea tan bien sus bien torneadas pantorrillas que una olvida todo el resto de su opulenta anatomía. Bailo pensando en la gorda, en su vestido de crochet verde —color esperanza, dicen—, en su satisfacción al bailar, réplica o quizá reflejo de la satisfacción que habrá sentido al tejer; un vestido vasto para su vasto cuerpo y la felicidad de soñar con el momento en que lo luciría, bailando. Yo no tejo, ni siquiera bailo tan bien como ella, aunque en este momento sí porque se dio el milagro.

Y cuando la pieza acaba y él me vuelve a comentar cómo está la crisis, yo lo escucho con unción, no contesto, le dejo espacio para seguir diciendo.

—¿Y vio el precio al que se fue el telo? Yo soy viudo y vivo con mis dos hijos. Antes podía pagarle a una dama el restaurante, y llevarla después al telo. Ahora sólo puedo preguntarle a la dama si tiene departamento, y en zona céntrica. Porque a mí para un pollito y una botella de vino me alcanza.

Me acuerdo de esos pies que volaron —los míos—, de esas filigranas. Pienso en la gorda tan feliz con su hombre feliz, hasta se me despierta una sincera vocación por el tejido.

—Departamento no tengo —le aclaro—, pero tengo pieza en una pensión muy bien ubicada y limpia. Y tengo platos, cubiertos, y dos copas verdes de cristal, de esas bien altas.

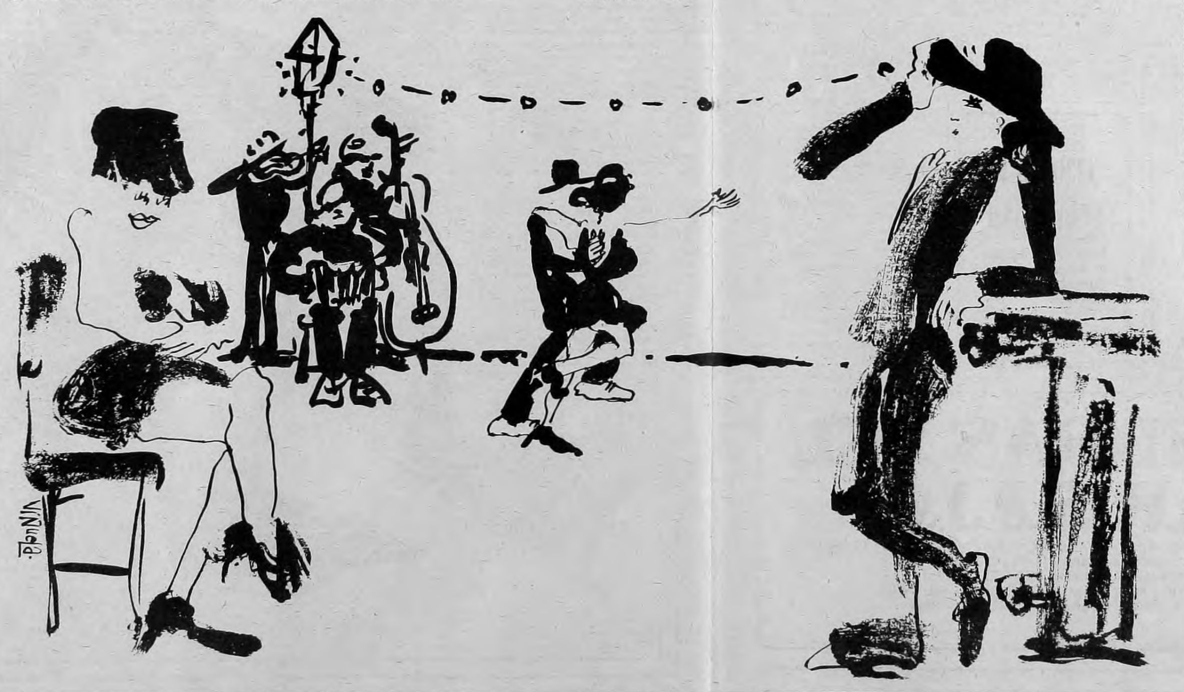
—¿Verdes? Son para vino blanco.

—Blanco, sí.

—Lo siento. pero yo al vino blanco no se lo toco.

Y sin hacer ni una vuelta más, nos separamos.

(Para Amalia Schever)



EL CAFE QUIETO

Por Luisa Valenzuela

Por suerte parece que a las mujeres nos toca el lado de las ventanas. Y el sol. A esta hora, claro, más tarde ya no habrá sol y quedaremos tan en la penumbra como los hombres. A ellos les toca la pared del fondo. Fondo desde nuestra perspectiva, digamos, porque quizá ellos, allá, piensen que nosotras somos las que estamos al fondo.

Tres hileras de mesas vacías nos separan, con sus respectivas sillas: dos por mesa, enfrentadas. En realidad las vacías son las sillas, porque ni siquiera las mesas ocupadas están lo que se puede decir llenas. Apenas un pocillo de café con un poco de borra, un vaso de agua y otro vaso —es mi suerte— con lo que se supone son servilletas de papel, simples cuadraditos de papel de panadería, prolijos, blancos, que ahora providencialmente me sirven para escribir estas notas. La lapicera la traje en el bolso. Creí que entraba acá a tomar sólo un café y al rato salía nomás a reanudar mi vida cotidiana. Algo monótona mi vida, es cierto, pero mía. Con lapicera en ristre firmo pagarés, letras de crédito, órdenes de pagos, cheques no siempre sin fondos, sólo últimamente sin fondos, para ser sincera ahora que ya nadie me interpela.

Las mesas de este café son de tapa verde oscuro, pintada como a la laca, y patas color lacre. Las sillas son de marco cromado y están tapizadas de un símil cuero del mismo tono verde de las tapas. Tapizadas, sí, resultan bastante cómodas, menos mal. Creo que pretenden ser lujosas. Esto último no lo logran, tampoco es importante en este café tan quieto, un poco dilapidado. Los techos son altísimos, las paredes están pintadas en tres sectores horizontales no simétricos, separados por una moldura del color verde imperante. El primer sector es lacre, como un zócalo hasta la altura de las vidrieras, crema es el segundo sector, el más ancho, y el último es color cielo algo sucio, grisáceo. Los grandes ventanales antiguos, las vidrieras frente o mejor dicho de perfil a los cuales estamos sentadas las mujeres, tienen ancho marco de madera color ídem, así como la puerta vaivén de vidrio y el mostrador de madera pintado de color madera sobre el que descansa la vieja máquina de café express como una locomotora.

Las mujeres estamos sentadas en fila. No sé si esto es voluntario, casual o impuesto. Podemos observarnos la nuca y los peinados. Rara vez una de nosotras gira un poco la cabeza y entonces cruzamos brevemente las miradas y nos sonreímos, apenas, con complicidad y con lástima.

Los hombres tienen un aire más decidido. Sus mesas están alineadas contra la pared como las nuestras contra las vidrieras, pero ellos no se sientan necesariamente de cara a las mesas, al menos no todos: algunos han girado sus sillas, o apoyan directamente la espalda contra la pared, y nos enfrentan. No por eso nos miran. O muy pocos nos miran, no de manera franca y desembozada.

Con cierta envidia y por el rabillo del ojo —porque no sé si corresponde girar un poco la cabeza y mirarlos de frente—, noto que a veces se han sentado dos por mesa. Nosotras estamos solas, individualizadas.

Me siento como en la escuela, frente a la hilera de pupitres, sólo falta el tintero pero quizá el café con su borra tenga algo que ver con el tintero y entonces la cucharita epónima haga a la vez de lapicera con su pluma. Tenemos mucho que aprender en esta escuela. Yo quisiera saber cruzar las piernas con la decisión de ellos pero la mesa no me lo permite. Quisiera intercambiar fichas con alguna compañera pero la disposición de esta parte del aula no me lo permite. Antes que nada debemos aprender a funcionar por cuenta propia y no como parte de la masa femenina de la cual, ahora, nos encontramos escindidas por el hiato configurado por la superficie plana de nuestras respectivas mesas —no más de cincuenta centímetros de lado— y por el corte vertical del respaldo de la silla vacía que nos enfrenta.

Contra la pared, los hombres deben de sentirse más seguros. A veces hablan entre sí, musitan. Hasta acá no llegan los murmullos pero sí un levísimo temblor del aire cuando mueven los labios. A veces, en un arranque que podríamos catalogar de valentía, levantan la cabeza y emiten en voz decidida el vocablo mozo como llamando.

Cuando suena esa palabra creo notar la aceleración de las hormonas en la nuca de algunas de las mujeres. Esa palabra, mozo, dicha así en voz grave, tan cargada de oes, creo que también a mí me eriza los pelitos.

Reconozco que algunas de las mujeres, como la que está sentada justo delante de mí, no se inmutan por nada. Debe ser que llevan más tiempo —años quizá— en este café tan quieto y saben, entre mil otras cosas, de la poca eficacia del llamado. El mozo vendrá cuando corresponda, sin ritmo fijo o previsible, o vendrá cuando se le antoje o cuando consiga más café. Nos llenará entonces los pocillos, nos mantendrá despiertos. A veces. Los hombres parecen dormitar más que nosotras pero también tienen actividades más agotadoras: leen el diario, quizá comentan en voz baja las noticias.

Yo le pediría con gusto el diario prestado a alguno de los que han dejado de leerlo, pero parecería que acá eso no se estila. Mis compañeras seguramente también quieren un diario y, sin embargo, deben contentarse con espiar de lejos algún titular de primera plana en cuerpo catástrofe.

Cuerpo catástrofe. Me gusta la expresión, me identifica, aunque no desde el punto de vista tipográfico.

A veces de las mesas de los hombres nos llega el sonido de un gargajo. Es algo viril y abrupto. Rompe la calma de este café tan quieto donde ninguna de nosotras atina a moverse, tan sólo a desperezarse.

Yo aprovecho el espacio algo más electrizado y solidario, del sonido, para echar miradas de reojo. En la última detecté unos ojos verdes. Luminosos. Por un instante pensé que me miraban. Un instante. Verdes. No del glauco tono de las mesas, glauco laqueado que apenas nos devuelve un reflejo descompuesto del propio rostro como desde el fondo de un pantano de vegetación subacuática y viscosa. No, ojos como de mar, de aguas cambiantes.

Podría mirar hacia la calle, sentada como estamos las mujeres, pero los vidrios están sucios o empañados o quizá bruñidos por las tormentas de polvo que últimamente asuelan la ciudad.

Muchos deben de haberse refugiado en este café por eso. Por las tormentas, las crisis, la desocupación, la desesperanza. No podemos mirarnos, no vemos hacia fuera. Sólo sé que en este ámbito hay unos ojos verdes que quizás en este momento estén mirándome. Del mundo exterior nos llegan sonidos en sordina.

Gracias a los opacos vidrios, no nos llegan miradas, y eso para mí es un consuelo: nadie vendrá a reclamarme la firma, nadie vendrá a reclamarme nada y puedo seguir gastándome la tinta en estas anotaciones. El problema sobrevendrá cuando se me agote la tinta y se gaste hasta la última servilleta de papel y se acabe el café y se diluya el mundo.

Los hombres ni se inmutan, los diarios que leen siguen siendo los mismos. Estamos y no estamos. Se aproxima otra vuelta de café, los ruidos de la calle casi han desaparecido. Siento que los ojos verdes se están por poner de pie.

Alguien tose.

...ada en este suplemento
...o "Novela negra con
...ericana), presenta ahora
... inéditos.

EL CAFE QUIETO

Por Luisa Valenzuela

Por suerte parece que a las mujeres nos toca el lado de las ventanas. Y el sol. A esta hora, claro, más tarde ya no habrá sol y quedaremos tan en la penumbra como los hombres. A ellos les toca la pared del fondo. Fondo desde nuestra perspectiva, digamos, porque quizá ellos, allá, piensen que nosotras somos las que estamos al fondo.

Tres hileras de mesas vacías nos separan, con sus respectivas sillas: dos por mesa, enfrentadas. En realidad las vacías son las sillas, porque ni siquiera las mesas ocupadas están lo que se puede decir llenas. Apenas un pocillo de café con un poco de borra, un vaso de agua y otro vaso —es mi suerte— con lo que se supone son servilletas de papel, simples cuadraditos de papel de panadería, prolijos, blancos, que ahora providencialmente me sirven para escribir estas notas. La lapicera la traje en el bolso. Creí que entraba acá a tomar sólo un café y al rato salía nomás a reanudar mi vida cotidiana. Algo monótona mi vida, es cierto, pero mía. Con lapicera en ristre firmo pagarés, letras de crédito, órdenes de pagos, cheques no siempre sin fondos, sólo últimamente sin fondos, para ser sincera ahora que ya nadie me interpela.

Las mesas de este café son de tapa verde oscuro, pintada como a la laca, y patas color lacre. Las sillas son de marco cromado y están tapizadas de un símil cuero del mismo tono verde de las tapas. Tapizadas, sí, resultan bastante cómodas, menos mal. Creo que pretenden ser lujosas. Esto último no lo logran, tampoco es importante en este café tan quieto, un poco dilapidado. Los techos son altísimos, las paredes están pintadas en tres sectores horizontales no simétricos, separados por una moldura del color verde imperante. El primer sector es lacre, como un zócalo hasta la altura de las vidrieras, crema es el segundo sector, el más ancho, y el último es color cielo algo sucio, grisáceo. Los grandes ventanales antiguos, las vidrieras frente o mejor dicho de perfil a los cuales estamos sentadas las mujeres, tienen ancho marco de madera color ídem, así como la puerta vaivén de vidrio y el mostrador de madera pintado de color madera sobre el que descansa la vieja máquina de café express como una locomotora.

Las mujeres estamos sentadas en fila. No sé si esto es voluntario, casual o impuesto. Podemos observarnos la nuca y los peinados. Rara vez una de nosotras gira un poco la cabeza y entonces cruzamos brevemente las miradas y nos sonreímos, apenas, con complicidad y con lástima.

Los hombres tienen un aire más decidido. Sus mesas están alineadas contra la pared como las nuestras contra las vidrieras, pero ellos no se sientan necesariamente de cara a las mesas, al menos no todos: algunos han girado sus sillas, o apoyan directamente la espalda contra la pared, y nos enfrentan. No por eso nos miran. O muy pocos nos miran, no de manera franca y desembozada.

Con cierta envidia y por el rabillo del ojo —porque no sé si corresponde girar un poco la cabeza y mirarlos de frente—, noto que a veces se han sentado dos por mesa. Nosotras estamos solas, individualizadas.

Me siento como en la escuela, frente a la hilera de pupitres, sólo falta el tintero pero quizá el café con su borra tenga algo que ver con el tintero y entonces la cucharita epónima haga a la vez de lapicera con su pluma. Tenemos mucho que aprender en esta escuela. Yo quisiera saber cruzar las piernas con la decisión de ellos pero la mesa no me lo permite. Quisiera intercambiar fichas con alguna compañera pero la disposición de esta parte del aula no me lo permite. Antes que nada debemos aprender a funcionar por cuenta propia y no como parte de la masa femenina de la cual, ahora, nos encontramos escindidas por el hiato configurado por la superficie plana de nuestras respectivas mesas —no más de cincuenta centímetros de lado— y por el corte vertical del respaldo de la silla vacía que nos enfrenta.

Contra la pared, los hombres deben de sentirse más seguros. A veces hablan entre sí, musitan. Hasta acá no llegan los murmullos pero sí un levísimo temblor del aire cuando mueven los labios. A veces, en un arranque que podríamos catalogar de valentía, levantan la cabeza y emiten en voz decidida el vocablo mozo como llamando.

Cuando suena esa palabra creo notar la aceleración de las hormonas en la nuca de algunas de las mujeres. Esa palabra, mozo, dicha así en voz grave, tan cargada de oes, creo que también a mí me eriza los pelitos.

Reconozco que algunas de las mujeres, como la que está sentada justo delante de mí, no se inmutan por nada. Debe ser que llevan más tiempo —años quizá— en este café tan quieto y saben, entre mil otras cosas, de la poca eficacia del llamado. El mozo vendrá cuando corresponda, sin ritmo fijo o previsible, o vendrá cuando se le antoje o cuando consiga más café. Nos llenará entonces los pocillos, nos mantendrá despiertos. A veces. Los hombres parecen dormitar más que nosotras pero también tienen actividades más agotadoras: leen el diario, quizá comentan en voz baja las noticias.

Yo le pediría con gusto el diario prestado a alguno de los que han dejado de leerlo, pero parecería que acá eso no se estila. Mis compañeras seguramente también quieren un diario y, sin embargo, deben contentarse con espiar de lejos algún titular de primera plana en cuerpo catástrofe.

Cuerpo catástrofe. Me gusta la expresión, me identifica, aunque no desde el punto de vista tipográfico.

A veces de las mesas de los hombres nos llega el sonido de un gargajo. Es algo viril y abrupto. Rompe la calma de este café tan quieto donde ninguna de nosotras atina a moverse, tan sólo a desperezarse.

Yo aprovecho el espacio algo más electrizado y solidario, del sonido, para echar miradas de reojo. En la última detecté unos ojos verdes. Luminosos. Por un instante pensé que me miraban. Un instante. Verdes. No del glauco tono de las mesas, glauco laqueado que apenas nos devuelve un reflejo descompuesto del propio rostro como desde el fondo de un pantano de vegetación subacuática y viscosa. No, ojos como de mar, de aguas cambiantes.

Podría mirar hacia la calle, sentada como estamos las mujeres, pero los vidrios están sucios o empañados o quizá bruñidos por las tormentas de polvo que últimamente asuelan la ciudad.

Muchos deben de haberse refugiado en este café por eso. Por las tormentas, las crisis, la desocupación, la desesperanza. No podemos mirarnos, no vemos hacia fuera. Sólo sé que en este ámbito hay unos ojos verdes que quizás en este momento estén mirándome. Del mundo exterior nos llegan sonidos en sordina.

Gracias a los opacos vidrios, no nos llegan miradas, y eso para mí es un consuelo: nadie vendrá a reclamarme la firma, nadie vendrá a reclamarme nada y puedo seguir gastándome la tinta en estas anotaciones. El problema sobrevendrá cuando se me agote la tinta y se gaste hasta la última servilleta de papel y se acabe el café y se diluya el mundo.

Los hombres ni se inmutan, los diarios que leen siguen siendo los mismos. Estamos y no estamos. Se aproxima otra vuelta de café, los ruidos de la calle casi han desaparecido. Siento que los ojos verdes se están por poner de pie.

Alguien tose.





Turismo Cooperativo: la conquista del paraíso



Siempre Verde, a pocos kilómetros de Mar del Plata.
Con capacidad para 1200 personas Residencias se asemeja a una ciudad.

El prólogo comenzó hace 14 años, cuando un grupo de veraneantes dispuestos a colectivizar las ganas de pasarla bien, compraron dos terrenos: uno cerca de Mar del Plata y otro en Bariloche y amasaron la idea de adquirir otro en Córdoba. Luego aumentó la apuesta y edificaron un complejo habitacional en Siempre Verde, un paraje en la zona rural de Chapadmalal, rodeado de campos, a sólo 25 kilómetros de Mar del Plata y a 700 metros de la playa. Así nació Residencias Cooperativas de Turismo (RCT), una experiencia a la que sus miembros suelen denominar "un modo de pasar las vacaciones cercano a la utopía".

Con una capacidad para 1200 personas, Residencias ofrece a los asociados un departamento durante quince días en cada temporada y la posibilidad de participar en la propuesta como "invitado", para quienes quieren ver de qué se trata antes de llenar la solicitud de ingreso. El traslado desde Buenos Aires hasta Siempre Verde —un paisaje con acantilados, médanos y una ancha franja de arena— puede hacerse en el auto propio o en los charters de los que dispone RCT.

La llamada Avenida del Encuentro es la calle principal que conduce al centro del complejo. Allí el recién llegado encontrará un bar, un mini-shopping, sala de juegos, una galería de arte, un teatro que es una réplica de la Sala Casacuberta y un gran restaurante. En el primer piso las comodidades se multiplican: una librería, sala de videoproyecciones y salones de usos múltiples. Para los que prefieren alejarse del mundanal ruido, la opción es alojarse en los barrios cercanos al edificio principal. Rodeados por árboles, hay departamentos de dos ambientes con baño privado y con la posibilidad de llegar en pocos minutos a las canchas de paddle y de voley o a la plaza de juegos infantiles y al anfiteatro. La existencia de correo, teléfono, estacionamiento y consultorio médico, es otra de las seguridades que ofrece Siempre Verde y que lo convierten en una opción tranquila a la hora de veranear con niños o ancianos.

Para la gente de buen comer, el restaurante emplazado sobre un acantilado, con vista al mar, es una tentación irresistible. Ensaladas, comida vegetariana, platos tradicionales y manjares parrilleros conviven democráticamente en la carta que hace las delicias de los más exigentes.

La recreación de los veraneantes es considerada como una de las ideas fuerza de RCT. "El desafío era llevarla a cabo sin darle al descanso la obligación de divertirse", explican los organizadores. Así, agrupados por edades, los residentes pueden optar entre diversas actividades en las que serán guiados por docentes especializados. Los más chicos recorren el camino que va desde jugar con globos hasta cantar o escuchar cuentos leídos por los profesores. Para los que tienen entre 6 y 12 años, las ofertas incluyen desde la práctica de deportes hasta las caminatas, excursiones y los primeros pasos en el montañismo. Y para los teenagers se agregan los bailes, los campeonatos, las salidas a Mar del Plata o Miramar y juegos como el truco, el pool y el metegol.

Como las ganas de divertirse no es un bien que se pierda con los años, los adultos tienen diversas propuestas. Los campeonatos de paddle, fútbol, voley y ajedrez se combinan con la reflexión y la discusión: el llamado matediario es una actividad que ya constituye una tradición en Residencias. En la playa, en una de las carpas de recreación del balneario, se instala un centro donde quien quiera opinar sobre los problemas del mundo y sus alrededores será escuchado por sus pares. Lejos de donde se genera la información, pero con los pies sobre la arena, los participantes del matediario han debatido últimamente desde las instancias de la Guerra del Golfo hasta el papel de la pequeña y mediana empresa en la crisis nacional, pasando por el grado de representatividad de la democracia actual o las funciones que cumplen las entidades intermedias. En materia de comunicación, además, los veraneantes reciben diariamente un ejemplar de *H'olas*, un periódico con crónicas de residencia, editoriales de actualidad, humor, literatura y la invitación para quienes tengan ganas de fatigar las teclas de la máquina de escribir de publicar allí sus propios artículos. Para quienes sean más devotos de la comunicación radiofónica, FM 96.5, Radio Residencias, transmite desde el centro de Mar del Plata para toda la ciudad y los alrededores. Por este medio, los residentes, los veraneantes y los mismos marplatenses pueden expresar desde sus opiniones políticas hasta las musicales ayudados por un equipo de profesionales que está a cargo de la emisora.

Una opción ideal para gente con ganas de compartir y convencida de que el veraneo es algo para tomar en serio.